

e-ISSN: 2387-1555

DOI: <https://doi.org/10.14201/rea2021115168>

## ARS LONGA, VITA BREVIS: EN TORNO A LA TRAYECTORIA PERSONAL DE CARMELO LISÓN TOLOSANA

*Ars longa, vita brevis: About the Personal trajectory of Carmelo Lisón Tolosana*

*Ars longa, vita brevis: Sobre a trajetória pessoal de Carmelo Lisón Tolosana*

Eloy GÓMEZ-PELLÓN  
Universidad de Cantabria  
gomezel@unican.es

Fecha de recepción: 12/01/2021

Fecha de aceptación: 03/03/2021

RESUMEN: El presente artículo repasa la trayectoria personal y académica de Carmelo Lisón Tolosana (1929-2020), autor de una rica y profunda producción antropológica, cuyas obras llenan de conocimiento el último medio siglo de la producción española en este ámbito académico y científico. Su intensa actividad científica no le impidió llevar a cabo otra, no menos intensa, actividad académica, que incluye su contribución a la institucionalización de una antropología social en España, de clara raigambre inglesa y europea. Esta antropología era acorde con su formación en la Universidad de Oxford, a la vera de un distinguido profesorado de adscripción funcionalista, cuyos miembros integraron la llamada *escuela inglesa*, que dio fama y esplendor, durante varias décadas a la antropología británica. El texto presta especial atención al itinerario intelectual y profesional de Carmelo Lisón, que se inicia en el medio rural de la provincia de Zaragoza (España), en un pequeño pueblo de agricultores, en el seno de una familia de artesanos, propia de una España pobre y con escasa apertura social. Sin embargo, ello no es obstáculo para que, utilizando hábilmente su inteligencia y los canales sociales que quedan abiertos, experimente una marcada progresión personal, simultáneamente con una

pronunciada promoción social. Es así como se incardina primero en la universidad inglesa y, posteriormente, en la española, donde recorre en un corto espacio de tiempo todo el escalafón académico, al tiempo que su producción científica se convierte en una referencia inexcusable de la antropología interpretativista, tanto en Europa como fuera de nuestro continente. A pesar de todo, estamos ante una trayectoria análoga, en muchos aspectos, a la de otros profesores universitarios de su época, cuya diferencia sustancial se encuentra en la singular intensidad que imprime a su sorprendente trayectoria vital.

*Palabras clave:* Carmelo Lisón Tolosana; antropología social; trayectoria personal; promoción social; interpretativismo.

**ABSTRACT:** This article reviews the personal and academic career of Carmelo Lisón Tolosana (1929-2020), author of a rich and deep anthropological production, whose workfield of knowledge fill the last half century of Spanish production in this academic and scientific field. His intense scientific activity did not prevent him from carrying out another, no less intense, academic activity, which includes his contribution to the institutionalization of a social anthropology in Spain, of clear English and European roots. This anthropology was consistent with his training at Oxford University with a distinguished functionalist teaching staff, whose members made up the so-called *English school*, which gave British anthropology fame and splendor for several decades. The text pays special attention to the intellectual and professional itinerary of Carmelo Lisón, which begins in the rural environment of the province of Zaragoza (Spain), in a small town of farmers, in the bosom of a family of artisans, and in a Spain poor, with little social openness. However, this is not an obstacle for him, skillfully using his intelligence and the social channels that remain open, to experience a marked personal progression, simultaneously with a pronounced social promotion. This is how it is incardinated first in the English university and, later, in the Spanish one, where it travels the entire academic ladder in a short space of time, while its scientific production becomes an inexcusable reference of anthropological interpretivism, both in Europe as outside our continent. In spite of everything, we are facing a trajectory analogous, in many respects, to that of other university professors of his time, whose substantial difference is found in the singular intensity that he imprints on his surprising life trajectory.

*Key words:* Carmelo Lisón Tolosana; social anthropology; personal trajectory; social promotion; interpretivism.

**RESUMO:** O presente artigo repassa a trajetória pessoal e acadêmica de Carmelo Lisón Tolosana (1929-2020), autor de uma rica e profunda produção antropológica, cujas obras enchem o último meio século da produção espanhola neste área de conhecimento. Sua intensa atividade científica não lhe impediu de levar a cabo outras, não menos intensas, atividades acadêmicas, que inclui sua contribuição a institucionalização de uma antropologia social em Espanha, de nítida tradição inglesa e europeia. Esta antropologia estava de acordo com sua formação na universidade de Oxford, ao lado de um distinto corpo docente de linhas funcionalista, cujos

membros integraram a chamada *escuela inglesa*, que deu fama e esplendor, durante várias décadas a antropologia britânica. O texto presta especial atenção ao itinerário intelectual e profissional de Carmelo Lisón, que se inicia no meio rural da província de Zaragoza (Espanha), em um pequeno povoado de agricultores, no seio de uma família de artesãos, própria de uma Espanha pobre e com escassa abertura social. No entanto, isto não foi obstáculo para que, utilizando habitualmente sua inteligência e os canais sociais que seguem abertos, esperimamente uma marcada progressão pessoal, simultaneamente com uma pronunciada promoção social. É assim como se incardina primeiro a universidade inglesa e, posteriormente, a espanhola, onde recorre em um curto espaço de tempo todo a escala acadêmica, ao tempo que sua produção científica se converte em uma referência inexcusável da antropologia interpretativa, tanto na Europa como fora dela. Apesar de tudo, estamos diante uma trajetória análoga, em muitos aspectos, a de outros professores universitários de sua época, cuja diferença substancial se encontra na singular intensidade que imprime a sua surpreendente trajetória de vida.

*Palavras-chave:* Carmelo Lisón Tolosana; antropologia social; trajetória pessoal; promoção social; interpretativismo.

## I. INTRODUCCIÓN

Viene el presente texto a colocación de la muerte de Carmelo Lisón en el presente año de 2020, dejando tras de sí una vida plenamente dedicada a la actividad académica y al conocimiento científico. Nacido en el año 1929 en La Puebla de Alfindén (Zaragoza), la trayectoria de este ilustre aragonés ejemplifica, por sí sola, la profunda transformación de la sociedad española en los años centrales del siglo XX. Su caso podría ilustrar el ascenso de un joven, nacido en el medio rural aragonés, que, con una singular tenacidad, llega a formar parte de las elites académicas españolas, en un espacio relativamente breve de tiempo, siguiendo un camino que, en muchos aspectos, es similar al de otros académicos como él. Tanto es así que, aunque el itinerario recorrido por Carmelo Lisón constituye una singularidad, en lo general su caso no fue demasiado distinto del de otros académicos españoles de su generación. El hecho de que yo lo conociera a mediados de los años ochenta del siglo pasado y de que tuviera la oportunidad de anudar una entrañable amistad con él, me permitió fijarme en muchos aspectos que, de otra manera, me habrían pasado desapercibidos. Mi conocimiento de su personalidad y mi convivencia con él en ambientes propios de la vida académica, tales como actos solemnes, seminarios, cursos de todo tipo, conferencias, encuentros, reuniones, jornadas, tribunales de tesis doctorales, tribunales de selección de profesorado, etc. se complementaron con la interacción en contextos informales, propios de las relaciones amicales, unas veces en largas conversaciones, otras mientras estábamos en torno a la mesa, y otras en pequeños paseos. El cruce de su vida con la mía se agrandó por diversas circunstancias. Una de ellas fue debida a la relación que, simultáneamente, he mantenido con el profesor Ricardo Sanmartín, unido, a

su vez, al profesor Lisón por una relación intelectual, profesional y afectiva mucho más larga que la mía, hasta el extremo de convertirle, junto con el profesor Honorio Velasco, en excelentes concededores de la egregia figura de Carmelo Lisón (Sanmartín, 2020; Velasco, 2020). El hecho de que presidiera el tribunal que juzgó las pruebas de mi ingreso en el cuerpo de profesores titulares de universidad contribuyó a estrechar nuestra mutua colaboración.

Antes de que terminaran los años ochenta lo visité en La Puebla de Alfindén por primera vez, lugar donde transcurría entonces una parte de sus veranos, y desde entonces he recalado en este mismo lugar en multitud de ocasiones por razones muy diversas, que incluyen la celebración de los muchos actos y homenajes que le dedicó generosamente en vida La Puebla a su distinguido hijo adoptivo y los actos en los que participé como conferenciante, organizados por el profesor Lisón o por las instituciones locales, lo cual también me ha permitido, con el tiempo, estrechar lazos de amistad con las personas que, sucesivamente, han encarnado estas instituciones. Este conocimiento de la personalidad de Carmelo Lisón explica que me haya ocupado de la personalidad de este último en otros escritos (Gómez-Pellón, 2012, 2020), de modo que, en esta ocasión me fijaré, especialmente, en un período trascendental de su vida, que es el que media entre su nacimiento en 1929 y su incorporación como docente a la Universidad Complutense de Madrid, primero en régimen de contratado laboral, en 1967 y, posteriormente, en 1971, como funcionario. Es una fase de la trayectoria de Lisón acaso menos conocido que otras, y que, sin embargo, nos proporciona una medida de la personalidad de Carmelo Lisón, pero también del cambio social que se estaba operando por estos años en España.

## II. EN UN LUGAR DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

Carmelo Lisón nació, como queda dicho, en La Puebla de Alfindén, en un pequeño pueblo, a una escasa quincena de kilómetros de la capital aragonesa, en la margen izquierda del río Ebro, a orillas de la carretera nacional Zaragoza-Barcelona. La fecha de su nacimiento fue el 20 de noviembre de 1929, siendo sus padres, Blas Lisón Huguet y María Tolosana, ambos naturales del lugar, según se lee en la partida de nacimiento correspondiente al Registro Civil de La Puebla. En consecuencia, había nacido en los estertores de la Dictadura, dos meses antes de que en enero de 1930 el general Primo de Rivera presentara su dimisión al Rey, abriéndose con ello una profunda crisis del Estado que devendría, finalmente, en un cambio de régimen y en la guerra civil de 1936. Cuando el 1 de abril de 1939 concluye ésta y se inicia el período franquista, Carmelo Lisón sólo cuenta con poco más de 8 años, y, sin embargo, había conocido tres Jefes de Estado y una docena de Presidentes de Gobierno. También había conocido tres regímenes políticos: el monárquico, el republicano, y acababa de conocer el inicio de la nueva Dictadura que se iba a prolongar hasta mediados de los años setenta de aquel

mismo siglo. Finalmente, había convivido con dos constituciones, la de 1875 y la de 1931. Todo ello constituye la prueba inequívoca de la convulsión política que vivía España en los primeros años de la vida de Lisón.

En el momento en el que Carmelo Lisón viene al mundo, La Puebla de Alfindén contaba aproximadamente con 1.245 habitantes, que son los que le asigna el censo de 1930, y su población se va a mantener invariable, con una ligera tendencia al alza hasta finales del siglo XX, cuando se produzca un crecimiento muy rápido que conducirá a los 6.303 que posee en 2020. El marcado crecimiento de las dos últimas décadas guarda relación con el precio del suelo urbanizable y con la proximidad de La Puebla a la capital aragonesa, pero también con la importancia paulatina que ha adquirido en el lugar el sector servicios. En 1929, y hasta los años sesenta, era una población de agricultores y artesanos, que, en términos antropológicos y sociológicos, miraba mucho más al pasado que al futuro, proporcionando de este modo la imagen de una sociedad tradicional. De hecho, el sentido de la comunidad era muy acusado, sin duda debido a que la modernización tardó en producirse. La sociedad de los años de la infancia y la adolescencia de Carmelo Lisón apenas mostraba cambios con respecto a lo que había sido en el pasado. El profesor Lisón explicaba, a menudo la importancia que tenían en el pueblo las viejas costumbres, relativas, por ejemplo, a las celebraciones festivas y a los ritos de paso que reforzaban los valores de la colectividad.

En la infancia, adolescencia y primera juventud de Carmelo Lisón la colectividad seguía pesando con enorme fuerza sobre la vida de la gente. Precisamente, las celebraciones festivas constituían referencias inexcusables de la vida de la comunidad. Santa Águeda y la Virgen de Alfindén, esta última en la ermita del pueblo, a finales del invierno e inicio de la primavera, eran las primeras fiestas anuales, y a ellas le seguía la de San Isidro, como pueblo de agricultores, la Virgen del Carmen en julio, las fiestas patronales de la Asunción y San Roque el 16 agosto, y la Virgen del Rosario el primer domingo de octubre. La religiosidad popular, mezcla de devoción y de bullicio festivo, había tejido un *continuum* de celebraciones en las que participaba toda la comunidad. A propósito de las devociones, creo haberle oído en alguna ocasión a Carmelo Lisón que su propio nombre de pila era el resultado de la devoción familiar a la Virgen del Carmen. Algunas de estas fiestas iban precedidas de novenas que movían a la piedad popular. A estas fiestas arquetípicas se unía la celebración de la fiesta de las ánimas al comenzar el mes de noviembre, que era especialmente vivida y sentida. Además, en la retina de Carmelo había quedado especialmente grabada la misa de Navidad, debido al colorismo que representaba la suelta de los pájaros en la iglesia parroquial, con el consiguiente revoloteo y el trino de los mismos en medio del entusiasmo infantil.

Carmelo Lisón era un enamorado de su pueblo de nacimiento, convertido en referencia inexcusable para él a lo largo de toda su vida. Parece ser que sus padres habían residido durante un tiempo fuera del pueblo, pero él nació en La Puebla de Alfindén y presumió de haberlo hecho a lo largo de toda su vida. Se sentía parte de la comunidad local aun viviendo fuera de la misma. La vieja iglesia medieval

de estilo mudéjar había marcado su infancia, igual que la escuela y el resto de las instituciones locales. Muchos de sus recuerdos infantiles estaban ligados a aquella iglesia y a la torre de planta cuadrada adosada a la misma, también de estilo mudéjar. En aquella iglesia habían tenido lugar muchos de los actos cruciales de su vida, empezando por el bautismo y siguiendo por la primera comunión. La condición de La Puebla de Alfindén como asentamiento itinerante le habían concedido protagonismo en la historia, y muy especialmente coincidiendo con el hecho de que el mismo D. Juan de Austria pernoctara en el lugar, lo cual había constituido una noticia tan extraordinaria de la España renacentista que había resonado desde entonces, generación tras generación, en los oídos de los alfindeños.

Acabo de mencionar la torre de la iglesia, donde está el campanario, y no puedo dejar de mencionar que Carmelo Lisón siempre consideró los toques de campanas como una de las expresiones más vivas de la vida colectiva. El poblamiento concentrado del lugar permitía que las campanas, con su tañido, fueran vehículo efectivo de comunicación que anunciaba las efemérides, que informaba de los decesos, que convocaba a la colectividad, que daban cuenta de los pequeños y de los grandes acontecimientos. El propio Carmelo aprendió en su niñez y en su mocedad la técnica de los toques, más como diletante que otra cosa. Tal era la puntualidad en los toques, asociados con las rutinas de la comunidad, que el reloj personal era algo superfluo. No en vano, la mayor parte de los residentes ni siquiera utilizaba el reloj de pulsera. La campana parroquial anunciaba a la hora precisa y conocida la celebración diaria de las misas, y, sobre todo, el mediodía, con un toque distintivo, que era el del Ángelus, mientras que todos los días al atardecer el tañido de la campana anunciaba la celebración del Rosario, que en La Puebla contaba con una inveterada práctica, propia sin duda de la vieja prédica dominica, que explica la celebración de la Virgen del Rosario. Para los escolares, el toque de la campana parroquial de mediodía era el anuncio de que el final del tramo matinal de la jornada estaba cerca, en un lugar donde, en los años treinta del siglo pasado, se comía, por regla general, entre las 12,30 y las 13,00. No obstante, el toque de mediodía de la infancia de Carmelo, y he aquí la particularidad, era solar, y parece ser que así siguió sucediendo con posterioridad, al margen del horario oficial, lo cual era una prueba inequívoca del profundo respeto que se sentía hacia una tradición que estuvo omnipresente en La Puebla de Alfindén hasta años después de mediados del siglo XX.

Las campanas marcaban la secuencia de la vida cotidiana de manera iterativa, y marcaban los sucesos más relevantes. Periódicamente, el sonido de las campanas rompía el ritmo de la habitualidad para transmitir, por ejemplo, el exitus de un convecino, cuya partida era ritualizada en presencia de la comunidad entera. Didácticamente, el hecho constituía el recordatorio de la contingencia a la que estaba sujeto todo el mundo y la manifestación evidente de que el suceso formaba parte de una cadena natural, que se insertaba en el transcurso de las sucesivas generaciones. Sobre la importancia que para la comunidad tenían todos los eslabones que la componían, puede ser indicativo el hecho de que el ceremonial público

de la muerte de un vecino del lugar tenía su réplica de cabo de año, en términos análogos, a los precedentes, aunque a escala más reducida. Por supuesto, Carmelo Lisón fue testigo de la variabilidad ceremonial que se producía de acuerdo con la clasificación canónica de los entierros: de primera, de segunda y de tercera. En el caso de La Puebla parece que era poco significativa la clasificación debido a la baja diferenciación social de este pueblo de agricultores y artesanos.

Carmelo Lisón describía con maestría el valor de la colectividad, recordando cómo el cuerpo social del lugar se manifestaba siempre que había ocasión para ello. El peso de la religión, muy acusado en una sociedad tradicional, hacía que muchas de las celebraciones sociales tuvieran un carácter piadoso, y muy especialmente la Semana Santa, que concluía con el domingo pascual. Por su parte, las campanas del campanario parroquial, con su lenguaje sonoro, comunicaban unas veces la alegría general y otras la tristeza y el abatimiento, pero también la llegada de la tormenta, el extravío de algún convecino, o la alarma ante un suceso inesperado. En este último caso, los llamados toques de arrebato permitían a la comunidad adoptar las medidas pertinentes, como sucedió en la niñez del profesor Lisón, ante las amenazas de la aviación durante la Guerra civil.

### III. UNA SOCIALIZACIÓN TRADICIONAL

La vida en este pueblo de la provincia de Zaragoza, propició una socialización del profesor Lisón que presenta todos los rasgos de esa tradición, probablemente idéntica a la de las generaciones anteriores, que siguió estando muy presente en los años posteriores. La interacción en el seno de la familia, sin interferencias de ninguna clase, propiciaba que los afectos y las emociones fueran intensos y duraderos. La familia del profesor Lisón era más reducida que otras, dado que se componía de los progenitores y dos hijos varones, con los que creo que convivía el abuelo, Blas Lisón. A este último le sucedería José Lisón, el padre de Carmelo Lisón, al frente de la carpintería familiar, que en este caso era, de acuerdo con la denominación local, una carretería, o taller de construcción de carros destinados a la agricultura. Corriendo el tiempo, José, hermano de Carmelo, continuaría dedicado a la actividad carpintera. En un pueblo de agricultores modestos, como era La Puebla de Alfindén, oficios artesanos como los de la familia Lisón representaban el complemento perfecto, que explican el buen nombre con el que contaba la familia en el lugar.

Carmelo poseía unas inequívocas referencias de la vida familiar, que recordaba con cierta frecuencia. Entre ellas, y debido al impacto emotivo que supuso para él, todo lo relativo al primer viaje a la capital aragonesa, coincidiendo con las fiestas del Pilar, en el carro de su abuelo. Zaragoza estaba a tiro de piedra de La Puebla, pero en los años treinta no era un viaje que se realizara con demasiada frecuencia, de suerte que Carmelo pudo vivir su primera experiencia en la infancia, que tuvo un efecto ampliado para él ante la percepción inolvidable del gentío



congregado en torno a la basílica. Los quince kilómetros que separaban las dos localidades, recorridos en un transporte rodado tirado por un animal, representaban para un infante un viaje eterno, en el que se cruzaban las ilusiones y la realidad, con la consiguiente distorsión.

La escuela era, después de la familia, la segunda de las agencias de socialización. En el caso de Carmelo Lisón, según decía repetidamente, esta había tenido una destacada influencia en él. Eso había sido debido, en primer lugar, a que había contado con maestros extraordinarios que había propiciado su cultivo personal, y que habían creado en él un estímulo duradero, especie de *habitus*, que le impelía a sentirse muy agradecido. En una época, como era la de los difíciles años treinta en España, en la cual los propósitos se veían defraudados con harta frecuencia, parece ser que contó con maestros que generaron en él inquietudes y una permanente curiosidad, que le enseñaron a pensar, a hablar, a leer y a escribir, con la autoridad que le era propia. Al descubrimiento del placer por la lectura le atribuía nuestro protagonista una de las claves de su progresión personal durante toda la vida. Según Carmelo, la escuela había sido el complemento de una vida familiar que, en su caso, había sido tranquila y afortunada.

La tercera de las agencias de socialización fue para el profesor Lisón el grupo de iguales, y también en este caso fue rica, lo cual fue contrastado por mí en numerosas ocasiones, comprobando la rica relación que mantuvo durante toda su vida con quienes formaron parte de sus juegos infantiles y de las vivencias de la niñez, de la adolescencia y de la primera juventud. Carmelo Lisón dedicó mucho tiempo de su niñez a la convivencia, en el tiempo de ocio en el seno de la pandilla, o de la cuadrilla, como decía él, compuesta por chicos de edades muy aproximadas a la suya, practicando dos actividades que le habían hecho muy feliz: la bicicleta y el fútbol. Tal pandilla, en un pequeño pueblo como era La Puebla de Alfindén en los años treinta del siglo pasado, se componía de la práctica totalidad de los niños de su misma edad del lugar. El hecho de que el tráfico rodado fuera casi inexistente permitía convertir las calles y la carretera del pueblo en un campo permanente de juego. En sus relatos no aparecían las niñas, lo cual era compatible con la educación y las costumbres de la época. Tampoco aparecen en los comentarios escritos que hace de su niñez y de su adolescencia. El grupo de iguales era un grupo masculino que, en una sociedad tradicional como la que él vivió, se manifiesta con mucha frecuencia. Era el grupo con el que Carmelo Lisón se trasladaba periódicamente, corriendo el tiempo, a ver los partidos del Real Zaragoza en las tardes de los domingos de su mocedad.

Había una institución en La Puebla de Alfindén, propia del grupo de iguales, que Carmelo recordaba frecuentemente, que era la relativa a la *sociedad de quintos*, esto es, a los integrantes de la quinta que cumplía sus obligaciones con el servicio militar, la cual, por extensión, incluía a todos los que compartían una edad determinada. Un momento clave era la fiesta previa a la *entrada en caja*, que alcanzaba a todos los que eran aptos para el cumplimiento de la obligación, lo cual daba lugar a una celebración alegre, que incluía una cena de fraternidad



y una inolvidable noche de ronda, cuyas destinatarias eran las mozas del lugar de edades cercanas a las de los quintos. Este festejo se celebraba en el mes de diciembre, en torno a la fiesta de la Inmaculada, y era otra de las referencias de la sociedad alfindeña. También en esta ocasión las campanas parroquiales anunciaban a la comunidad tan singular celebración. A partir de la fiesta de los quintos, el sentido de pertenencia a la quinta se mantenía durante toda la vida. La fiesta de quintos estuvo vigente en La Puebla de Alfindén hasta finales del siglo XX, cuando desapareció la obligatoriedad del servicio militar, aunque siga existiendo, como cabía esperar, la identidad del grupo de edad, y hasta la reminiscencia de la vieja fiesta. Por cierto, que, en el caso de la fiesta de los quintos, las celebraciones tenían su continuidad coincidiendo con la licenciatura del servicio militar, al cabo del tiempo.

De acuerdo con lo que contaba Carmelo Lisón, una agencia más de la socialización era la parroquia. Los niños de los años treinta del siglo XX participaban muy activamente en los actos organizados por la iglesia parroquial, donde también funcionaba algo parecido a los grados de edad. Los niños iban recorriendo su particular itinerario como asistentes del presbítero, en calidad de monaguillos o de otras ocupaciones por el estilo, lo cual les permitía asumir responsabilidades progresivamente, que alcanzaban desde el cuidado de los libros y los vasos sagrados hasta el derecho a portar los ciriales, la cruz procesional, el hisopo ritual, y las obligaciones propias de los tañidos de cuerda que escapaban de la función del sacristán. Sin embargo, todas estas actividades eran el medio para que los iguales establecieran recios lazos entre sí, por un lado, y con sus inmediatos mayores o menores en edad por otro lado. Y a todo ello se añadía la sacralización de todos los ritos de paso, entre los cuales la primera comunión adquiría una singular importancia. Este último rito iba precedido de una larga «separación», como explicaría V. Turner (1988), que daba paso a una liminalidad colectiva y transitiva, de carácter ritual, que precedía a la incorporación de los niños al nuevo estado de los «pequeños adultos».

Para Carmelo Lisón su pueblo de nacimiento constituyó una marca indeleble en su personalidad. Curiosamente, y aunque pronto abandonó La Puebla de Alfindén, siempre se sintió en deuda con el lugar, porque pensaba que le había proporcionado los pertrechos básicos para la vida social. Todas las agencias de socialización que acabo de mencionar resultaron decisivas para él, mientras que la institucionalización de la vida local le facilitó modelos heurísticos suficientes para enfrentarse con el análisis social como estudioso de las ciencias sociales. Quizá todo ello explique que su tesis doctoral fuera precisamente una obra titulada *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community* (Oxford University, 1966 y Princeton University, 1983), cuyo título esconde, mediante el recurso muy al uso en la antropología de escamotear los nombres de los lugares con otros supuestos, su pueblo natal de La Puebla de Alfindén. En esta obra escudriña un mundo interiorizado por él desde su misma infancia, el mismo que le proporcionó referencias sempiternas e irrenunciables para toda su vida.

## IV. EN LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA DE 1951

Creo que, salvo menciones difusas, nunca escuché a Carmelo Lisón hablar de su educación secundaria. Se deduce de diversas maneras que recibió una buena educación, la cual se evidenciaba, por ejemplo, en su excelente manejo de la lengua latina. También poseía una envidiable formación filosófica, y muy especialmente en el ámbito de la escolástica. Eran todas ellas herramientas que utilizaba con una gran destreza. Carmelo Lisón ingresó en la Universidad de Zaragoza en el año 1951 para cursar la titulación en Geografía e Historia. Una compañera suya de promoción, Ana María García Terrel, le dedicó una necrológica en *Heraldo de Aragón*, hace algunos meses, en la que glosaba la personalidad universitaria de Carmelo, proporcionando datos de interés, sobre todo porque nos ayudan a obtener el retrato de una universidad histórica y provinciana, en el ecuador mismo del siglo XX, y más concretamente de la Facultad de Letras de esta institución (Terrel, 2020). Estamos ante una universidad que, por entonces, contaba con un vasto distrito universitario, que incluía las provincias vascas, Navarra y Logroño, junto con las provincias aragonesas y la castellana de Soria, tal y como siguió sucediendo hasta los años setenta del siglo pasado.

Por supuesto, la titulación de Geografía e Historia de la promoción de Lisón se caracterizaba por el peso de un alumnado, que, siendo discreto numéricamente, se hallaba basculado hacia el lado femenino, tal y como ha sido habitual en las facultades de Letras. También se caracterizaba esta promoción por el peso de los alumnos eclesiásticos, entre los que se encontraban un padre franciscano, tres hermanos de la Salle, un hermano marista, un fraile marianista, un sacerdote del *Opus Dei* y tres madres del Sagrado Corazón, en una época en la que el título resultaba ya imprescindible para el ejercicio de la docencia en sus respectivos colegios. A ellos, según explica la autora de la necrológica, se añadían «tres chicos, dos de los cuales habían pasado por el seminario y habían cambiado la trayectoria», como era el caso de Carmelo, que se había incorporado a los estudios universitarios con cinco años de retraso con respecto a la edad de llegada ordinaria a la Universidad, tras haber pasado por los estudios eclesiásticos. Ana María García Terrel recalca el hecho de que poseía desde el principio de la carrera una sólida formación en Latín, Griego y Filosofía, que le permitía alzarse sobre otros compañeros. Si bien en primer curso el número de estudiantes pasaba de la cuarentena, era tras concluir segundo curso, cuando se terminaban los cursos comunes y se iniciaba la especialidad, que en el caso de Zaragoza se reducía a la de Historia, el momento en el cual el número de alumnos se minoraba considerablemente. En este grupo, compuesto por una veintena larga de alumnos de la licenciatura en Historia, cuyos estudios concluirían en 1956, se hallaba Carmelo Lisón.

De lo dicho se deduce que Carmelo Lisón tuvo el privilegio de estudiar en el seno de un pequeño grupo de elegidos, con un reducido grupo de profesores, todos los cuales participaban de una convivencia apretada. En la universidad de la época, entre los profesores, y entre las profesoras que, ya por entonces,

comenzaban a incorporarse a la docencia, era frecuente repartir el tiempo entre la universidad y algún establecimiento de enseñanza secundaria, con el único objeto de redondear los magros ingresos de los cuerpos docentes de la época. Por supuesto, las asignaturas que explicaban estos profesores en los colegios o en los institutos no guardaban apenas cercanía con las que les eran propias en la universidad. En esta situación, la investigación se reducía a la mínima expresión. El estatus de profesor universitario permanente, reservado en aquella época exclusivamente para los funcionarios, se alcanzaba por parte de los más distinguidos tras décadas de servicio y de trabajo. Era una España pobre, donde durante los largos meses invernales se pasaba frío en casi todas partes, y también en las aulas, y en el Colegio Mayor Cardenal Xavierre donde se alojaba Lisón, becado por la orden dominica. A modo de ejemplo de esta carencia generalizada de medios, entre el año 1951 y 1956, que fueron los años de la carrera de Carmelo, los profesores aún no utilizaban coche en sus desplazamientos, salvo en el caso raro de un puñado de docentes.

La escasez de recursos humanos de la Facultad de Letras corría pareja con la de con los fondos de la biblioteca, que aun conteniendo las obras fundamentales carecían de la modernización suficiente, adoleciendo a menudo de muchos de los textos extranjeros, que entre comas se iban incorporando. Sin embargo, las limitaciones se debieron ver paliadas con una entrega casi total del profesorado a su función, contradiciendo lo que habría cabido esperar de sus insuficientes salarios. Las clases de los años cincuenta que siguió Lisón se llevaban a cabo durante toda la semana, incluidos los sábados, en los tramos de mañana y tarde. Más todavía llama la atención que, por regla general, los domingos los emplearan los profesores en salir al campo con los alumnos, en transportes colectivos empleados durante la semana para otros fines y que estaban disponibles los días festivos. La dedicación al conocimiento, en estas circunstancias, era muy superior a la actual, tanto en los aspectos teóricos como en los prácticos. Una sorpresa más venía dada por el hecho de que, a pesar de que la educación previa a la universidad era segregada, la de las facultades carecía, en términos generales, de líneas gruesas de separación entre hombres y mujeres, los cuales tanto en el aula como fuera de la misma utilizaban espacios compartidos, donde se producía una convivencia que, como se acaba de decir, se prolongaba durante las excursiones que se realizaban cada domingo por la región aragonesa.

La Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza estaba aún muy lejos de conocer la masificación que se produjo en estos estudios en los años setenta, de modo que el número de estudiantes fue muy bajo en los años cincuenta y sesenta. Estas facultades formaban los cuadros docentes que precisaba la enseñanza media, tanto privada como pública. Esta última se reducía a la liviana red de institutos de la época, que desde los años cuarenta fue ampliada por el franquismo, incorporando especialidades «laborales» de bachillerato, destinadas básicamente a la provisión de profesionales especializados, y de estudiantes que se incorporaran posteriormente a las escuelas llamadas «técnicas», que incluían las de aparejadores, arquitectos e

ingenieros. Sin embargo, en este bachillerato laboral la presencia de las letras era tan escasa que apenas generaban puestos de trabajo. No obstante, parece ser que la vocación de Carmelo Lisón no estaba dirigida a integrar los cuadros docentes de la enseñanza secundaria, sino a adquirir una alta formación especializada, que trascendiera la propia licenciatura, y preferentemente en el extranjero.

Carmelo Lisón invirtió mucho tiempo de su vida en el estudio, quizá debido a que en él se conjugaba el deseo ilimitado de conocimiento con el anhelo de una promoción social intergeneracional e intrageneracional. En aquella España de mediados del siglo XX, que vivía en plena autarquía económica, pero que, al mismo tiempo, experimentaba grandes cambios sociales que estaban rompiendo las líneas de separación entre las clases sociales, los méritos adquiridos tenían un valor en el mercado cada vez mayor que las posiciones sociales dadas por la adscripción. El itinerario de Carmelo Lisón, nacido en la ruralía aragonesa, aprovechando las posibilidades que se le ofrecían, probablemente ligadas a instituciones religiosas, no era raro. Lo realmente sorprendente, como vamos a ver, fue que pasara en un corto espacio de tiempo a convertirse en un joven con una formación tan selecta. Prueba de lo que estoy señalando es que el 2 de junio de 1957 *El Noticiero* recogía la noticia de que Carmelo Lisón había obtenido el Premio Extraordinario de Licenciatura, con una tesina titulada *Chíprana. Un estudio de etnología aragonesa*. En la misma noticia se añade que, por entonces, Carmelo Lisón ya había ampliado estudios en el Instituto Católico de París y en la Universidad de Munich, y que había realizado estancias en Austria e Italia, lo cual estaba al alcance de muy pocos jóvenes universitarios de la época. La extraordinaria capacidad de Carmelo para tejer relaciones sociales, y la ayuda prestada por las instituciones eclesíásticas, habían hecho posible este ascenso. En distintas ocasiones le escuché decir que, inicialmente, Alemania había sido el país elegido por él para realizar su formación doctoral, aunque, finalmente, esta se desarrollaría en el Reino Unido.

## V. CAMINO DE PERFECCIÓN

Efectivamente, Lisón realizó una estancia, y creo que más de una, en el Instituto Católico de París, con el que traba una intensa relación, a partir de 1953, sirviéndose de la labor de intermediación realizada por un íntimo amigo suyo que fue Moisés García Sanz, con quien Carmelo mantuvo una relación entrañable durante toda su vida. Este último le abrió también las puertas para establecer una amistad leal con el padre Charles Lemarié, director del Colegio Notre Dame d'Orveau, en Nyoisseau, en cuyo colegio realizó estancias periódicas, generalmente estivales, que le sirvieron para perfeccionar su francés, al tiempo que el P. Lemarié mejoraba su español. La estancia en Múnich la efectuó en el verano y el otoño del año 1956, tratando de poner a punto la lengua alemana. Puede resultar indicativo de sus ansias ilimitadas de progreso el hecho de que en el año 1957 ya lo encontremos en Londres, realizando su primera estancia, concretamente en

el University College, e iniciando una relación muy profunda con el Reino Unido que se prolongará durante toda la vida, entre otras razones porque en 1959 conocería a Julia C. Houssemayne Donald, con la que se casaría en 1962, y que sería su compañera infatigable durante toda la vida.

Antes de que concluyan los años cincuenta, Carmelo Lisón había viajado por toda Europa, si bien desde 1959 se había instalado en la Universidad de Oxford, donde iba a realizar su tesis doctoral, tras obtener su diplomatura en dicha universidad en este último año. Su ingreso en tan destacada universidad coincide con la presencia en la misma de lo más florido de la escuela inglesa de antropología, de esa que dio fama y brillo al Reino Unido, aunque la que él conoció vino a ser la última gran generación de la misma, entre cuyos integrantes se hallaban Edward E. Evans-Pritchard, Godfrey Lienhardt, Mary Douglas, John Campbell y algunos otros profesores e investigadores sobradamente conocidos dentro de las ciencias sociales. Precisamente, como ya hemos adelantado, en este contexto de la Universidad de Oxford defenderá su tesis doctoral en 1963, con el título de *Belmonte de los Caballeros*. Con el bagaje de su trabajo de licenciatura en la Universidad de Zaragoza, relativo a Chiprana, un pueblo de Caspe, en el Bajo Aragón, y con el incremento de sus conocimientos antropológicos adquiridos en Oxford, entonces vanguardia de la antropología, la tesis doctoral representa un estudio sobre La Puebla de Alfindén, su pueblo natal, en la intersección de la antropología y la historia, realizado, precisamente, bajo la dirección de E. E. Evans-Pritchard.

El sustento básico de la tesis de Carmelo Lisón sobre Belmonte de los Caballeros se contenía en su tesina de licenciatura sobre Chiprana y los chipranescos. Sin embargo, Belmonte de los Caballeros es una obra profunda, en la que el autor derrocha conocimiento, y en la que se percibe la profunda interiorización que el autor había realizado durante su socialización. En el caso de Chiprana, la cultura material estaba muy presente, mientras que en el de Belmonte de los Caballeros, esta última cede ante la preeminencia de la cultura inmaterial. La tesis de Lisón viene a sostener que el pueblo, entendido como agregado de familias que residen en un lugar, mediatizado por la historia, es mucho más que un espacio de convivencia íntima, a la vez que muestra cómo las instituciones locales forjan la vida de los lugareños. El pueblo, entendido el concepto en su sentido mediterráneo, constituye la escenificación plena de una cultura *de ágora*, cuyo rasgo más sobresaliente viene dado por el hecho de ser una unidad moral, institucionalizada de muy diversas maneras, y singularmente por medio de la parroquia. En este sentido, Belmonte de los Caballeros, o La Puebla de Alfindén si se quiere, reúne a las claras todos los elementos configuradores de esa unidad socio-moral. La obra es también un modelo para el estudio de otros muchos pueblos (aldeas, villas, agrocidades, etc., en tanto que todos estos emporios son calificados como pueblos), que resultan expresivos de la cultura mediterránea. Son pueblos en los que las representaciones durkheimianas han sido modeladas y acomodadas para convertirse en guías de la convivencia cotidiana. La *communitas* de Tönnies (1887) subsume la vida del individuo hasta extremos insospechados, situándolo

en el lugar correspondiente del tablero local de relaciones sociales. Los puestos preferentes implican mayor fidelidad a los rituales de la vida cotidiana en el haz de lealtades establecido.

La tesis de Oxford le valió a Lisón un amplio reconocimiento en el contexto antropológico inglés. En primer lugar, el antropólogo alfindeño sería premiado con un largo trabajo de campo en Galicia entre los años 1963 y 1965, becado por las fundaciones Gulbenkian y Wenner Gren, que, además de suponer una contribución de primer orden en el panorama de la antropología europea, complementariamente daría pábulo a la tesis doctoral española de Lisón, defendida en la Universidad Complutense de Madrid en 1971, con el novedoso título para la época de *Un aspecto del estudio antropológico social de Galicia: la mujer (en los sistemas familiar hereditario)*, a la que le fue concedido el premio extraordinario. Una parte de la misma se contiene en *Antropología Cultural de Galicia* (1979) que ha conocido diversas ediciones (1983, 2004, 2014). Además, Galicia se convirtió en una referencia imprescindible en los trabajos de investigación de Carmelo Lisón, cuyos resultados, presentes en muchas de sus obras, han traspasado fronteras, convertidos en un valioso corpus antropológico que es patrimonio de la ciencia antropológica.

Desde 1967, Carmelo Lisón había ejercido como lector y tutor del Departamento de Antropología de la Universidad de Sussex. Ese mismo año regresa a España, para incorporarse como profesor ayudante a la Universidad Complutense de Madrid, y como investigador al Instituto de Opinión Pública. Poco antes había empezado a colaborar, como profesor, en la Escuela de Estudios Antropológicos (1965-1968), dependiente del Instituto de Cultura Hispánica, y, a su vez, del Instituto Iberoamericano de Antropología (hoy AECID), que, dirigida por Claudio Esteva Fabregat, estuvo ubicada en el Museo Nacional de Etnología, del cual fue sucesor el actual Museo Nacional de Antropología (Rodríguez Becerra, 2018). La experiencia finaliza cuando C. Esteva se incorpora, como profesor de la recién institucionalizada Etnología, a la Universidad de Barcelona en 1969. Tras la defensa de su tesis doctoral en 1971, Lisón lleva a cabo una rauda carrera académica, convertido poco después en Profesor Adjunto y, con ello, en el primer profesor de Antropología Social de la Universidad Complutense, contribuyendo con ello decididamente a la institucionalización académica de la disciplina con esta denominación.

Con posterioridad, después de alcanzar la plaza de Profesor Agregado, pasaría a ostentar la condición de Catedrático de Antropología Social en 1979. El hecho adquiere una extraordinaria importancia porque la institucionalización académica de la Antropología Social en la Universidad Complutense, como ciencia social que es por definición, se produjo unida a la enseñanza de la Sociología, con un perfil análogo al que poseía en el Reino Unido, y al que estaba adquiriendo por entonces en la Europa continental. En los años posteriores, mientras ostenta el puesto de primer director del Departamento de Antropología de la Universidad Complutense, Carmelo Lisón sería fundador y primer director de la *Revista de*

*Antropología Social* (RAS), en 1990, la cual se ha publicado ininterrumpidamente desde entonces. En el año 2000, Carmelo Lisón pasaría a la condición de Profesor Emérito, e inmediatamente a continuación ingresaría en el Colegio Libre de Eméritos.

Carmelo Lisón es autor de un vasto y variado registro etnográfico, acaso, como se ha dicho más de una vez, uno de los más ricos de Europa sobre una tradición cultural, que se despliega sobre una multitud de temas. Lisón estudia de manera analítica y minuciosa una comunidad local, por cierto sembrando un precedente en la antropología española, en el caso de Belmonte de los Caballeros (1966 y 1983), y realiza uno de los estudios más exhaustivos que podemos imaginar sobre Galicia (1974, 1979a y 1979b, 1982, 1998, 2004, 2008, 2012, 2016), entre mediados de los años sesenta del siglo XX y finales de la segunda década del siglo XXI, y, por tanto, en un prodigioso arco temporal de más de medio siglo, que halla muy pocos paralelismos en la antropología. Algunas de estas obras cuentan con versiones en otras lenguas, como sucede con su obra sobre la *santa compañía gallega* (Lisón, 2007). En todos los casos, se sirvió de una metodología cualitativa, con un enfoque hermenéutico e interpretativo (Lisón, 1983), muy anclado en la tradición europea, sobre todo en la que nace de Husserl y Heidegger y pasa por Gadamer y Ricoeur, con concomitancias en Weber, Geertz y otros intelectuales de las humanidades y de las ciencias sociales. Es esta visión de las cosas la que le lleva a retratar momentos históricos muy distintos, como la Casa de Austria (1991) o el encuentro de los jesuitas europeos con Japón (2005), y a acercarse a la cultura española en su conjunto, bien en clave diacrónica (la España del Siglo de Oro, 1990) o bien en clave sincrónica (la tradición cultural española de nuestro tiempo, 1973, 1977a, 1977b, 2002, 2003), o incluso en clave monográfica nuevamente (la brujería, 1992b, 1996; el problema del mal, 2004, etc.). Todos estos ámbitos están recorridos por aspectos tan cruciales como las instituciones, la estructura social, los valores, las creencias, los ritos, los mitos, los sistemas simbólicos, etc. También la personalidad cultural de su región de nacimiento está muy presente (1992a). La nómina de los temas estudiados por Lisón (1973, 1997, 2010a, 2010b, 2016) fue tan inmensa que su longeva vida resultó muy insuficiente en relación con la grandiosidad de su proyecto vital, lo cual fue premiado con una trayectoria personal y una promoción social que he creído oportuno repasar en estas líneas.

Cuando fallece en 2020, Carmelo Lisón estaba en posesión de una abigarrada nómina de premios y distinciones, entre los que estaban, junto a otros muchos, la de *Officier dans l'Ordre des Palmes Academiques de Francia* (1987), Académico de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1990), *Honorary Fellow of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* (1991), Doctor Honoris Causa por las Universidades de Burdeos (2002) y Murcia, (2010), Premio Aragón a las Ciencias Sociales y Humanas (1993), Medalla de Plata de Galicia (2005), y una que Lisón quería profundamente, como era la distinción que le fue concedida en 1988 como Hijo Predilecto de La Puebla de Alfindén. Pero, sobre todo, era el autor de una obra ingente, difícilmente imaginable en las



ciencias sociales. Simultáneamente, a lo largo de toda su vida, Lisón desempeño una incansable tarea docente extrauniversitaria, dirigiendo reuniones, cursos y seminarios periódicos, que, en ocasiones, persistieron durante lustros y décadas, como las jornadas que tuvieron lugar en la Casa de Velázquez (nacidas a finales de los años sesenta), las jornadas de Jaca (sucesoras de las que se inician en Sigüenza en los años ochenta), o los cursos del Palacio de la Magdalena de Santander que comienzan su andadura en 1990, todos los cuales se extendieron hasta la primera década del siglo XXI. A todo ello se añaden las siete Jornadas de Antropología que se celebraron en La Puebla de Alfindén a lo largo de la última década, las cuales prosiguen su andadura en la actualidad.

## VI. A MODO DE CONCLUSIÓN

La trayectoria académica y científica de Carmelo Lisón pone de manifiesto una progresión personal permanente, acompañada de una singular promoción social intergeneracional e intrageneracional. Por su nacimiento, Lisón pertenecía a una familia de las muchas que engrosaban las clases modestas en la España de finales de los años veinte, en una época en la cual la sociedad de clases se está aún liberando de las servidumbres históricas que atan a los individuos a las posiciones adscritas, lo cual es particularmente perceptible en la España rural. España presenta, además, todos los condicionantes de las sociedades mediterráneas, las más apegadas a la tradición cultural de todas las europeas. La socialización que inicia el profesor Lisón tras su nacimiento en 1929, en un pequeño pueblo del medio rural aragonés, estuvo sujeta a pautas que apenas modificaban las propias de las generaciones precedentes. Para las clases modestas del medio rural (pequeños propietarios, artesanos, arrendatarios, aparceros, jornaleros y otros), la escasa apertura de aquella sociedad, monárquica primero, republicana después, y autoritaria con posterioridad, pasaba por utilizar los canales que las instituciones eclesíásticas poseían para seleccionar a aquellas personas que, siendo valiosas, carecían de medios de promoción propios.

Seguindo estos canales, Carmelo Lisón llega a obtener una educación meritoria en ámbitos como la filosofía, la teología y las lenguas clásicas, que pudiera ser valorizada tras su ingreso en los estudios universitarios, en los que acaba destacando gracias a los muchos méritos que ha ido acumulando previamente, mientras llevaba a cabo los estudios eclesíásticos. Complementariamente, su iniciativa personal le lleva a adquirir competencias en lenguas modernas, lo cual era infrecuente en la España de los años cincuenta del siglo XX de suerte que ello le permite continuar sus estudios en universidades inglesas y realizar estancias en otras universidades europeas, de suerte que llega a obtener el grado de licenciado y el de doctor en Oxford, y a serle reconocida una valía que él invierte en la obtención de nuevos réditos académicos y profesionales. Así es como, tras su paso como lector y tutor por la Universidad de Sussex, inicia su carrera académica en

la Universidad Complutense en 1967, convirtiéndose en 1979 en catedrático de la misma, el puesto administrativo más alto del funcionariado académico. A principios de los años setenta, al tiempo que está recorriendo los primeros peldaños de su carrera académica, contribuye a la institucionalización de una disciplina y de unos estudios, como son los de antropología social, sorprendentemente inexistentes hasta entonces en la universidad española.

En términos generales, y es lo que se quiere mostrar en este texto, el caso de Lisón es arquetípico en su generación. Muchos de los profesores de aquella época habían utilizado los canales eclesiásticos para terminar engrosando los cuerpos académicos de las universidades españolas. Ni siquiera el hecho era una novedad con respecto a las generaciones precedentes, aprovechando los puestos que una sociedad con una apertura progresiva dejaba para los más capaces, esto es, para aquéllos que carentes de razones de adscripción poseían un rico elenco de méritos adquiridos. La prueba de que la trayectoria del profesor Lisón, en términos generales como se acaba de decir, es característica de la España de la época es que se ajusta a un modelo de trayectoria académica que está muy presente en todos los departamentos universitarios de humanidades y de ciencias sociales. En el propio Departamento de Antropología Social que crea Lisón, en el último cuarto del siglo XX, varios de sus integrantes habían seguido idéntica trayectoria, y, entre éstos, la mayor parte de los mismos procedían, precisamente, de las clases modestas del medio rural. Todos ellos habían recorrido el camino aprovechando las vías abiertas de las instituciones eclesiásticas, y todos ellos habían estudiado en países extranjeros, gracias a sus meritorias competencias y a sus habilidades sociales. Lo que distingue la trayectoria del profesor Lisón es la intensidad extraordinaria de sus muchos y admirables méritos, lo cual redundaría muy rápidamente en su progresión personal y en una acusada promoción social.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- García Terrel, A. M. (2020). Recuerdos de Carmelo Lisón Tolosana, alumno en la Facultad de Letras. *Heraldo de Aragón*, 31 de marzo.
- Gómez-Pellón, E. (2012). Sobre contigüidades epistemológicas: antropología e historia. *Revista Antropos: Huellas del conocimiento*, 235, pp. 84-96.
- Gómez-Pellón, E. (2020). Reflexiones incidentales acerca de la Antropología Social y Cultural en España y un *excursus* sobre Carmelo Lisón Tolosana. En H. Velasco (ed.), *Maestro Lisón. Conversaciones, reflexiones y ensayos como celebración de sus noventa años y más* (pp. 139-174). Zaragoza: Fundación Lisón-Donald y Diputación de Zaragoza.
- Lisón Tolosana, C. (1966). *Belmonte de los Caballeros: Anthropology and History in an Aragones Community*. Oxford: Oxford University Press.
- Lisón Tolosana, C. (1973). *Ensayos de Antropología Social*. Madrid: Ayuso.
- Lisón Tolosana, C. (1974, 1981). *Perfiles simbólico-morales de la cultura gallega*. Madrid: Akal.

- Lisón Tolosana, C. (1977a, 1980, 1991). *Invitación a la Antropología Cultural de España*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (1977b). *Antropología Social en España*. Madrid: Siglo XXI.
- Lisón Tolosana, C. (1979a, 1983). *Antropología Cultural de Galicia*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (1979b, 1987, 2004). *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (1982). *Brujería estructural social y simbolismo en Galicia: (Antropología cultural de Galicia, 2)*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (1983). *Antropología social y hermenéutica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lisón Tolosana, C. (1990). *Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España Mental I, y Endemoniados en Galicia hoy. La España Mental II*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (1991). *La imagen del rey: monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*. Madrid: Espasa.
- Lisón Tolosana, C. (1992a). *Aragoneses: (políptico desde la antropología social)*. Zaragoza: Diputación General de Aragón.
- Lisón Tolosana, C. (1992b). *Las brujas en la historia de España*. Madrid: Temas de hoy.
- Lisón Tolosana, C. (1997). *Las máscaras de la identidad: claves antropológicas*. Barcelona: Ariel.
- Lisón Tolosana, C. (1998). *La santa compañia: fantasías reales, realidades fantásticas: (antropología cultural de Galicia IV)*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2007). *Réalités fantastiques: recherches sur la Santa Compañia de Galice*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Lisón Tolosana, C. (2002 y 2003). *Caras de España: (desde mi ladera)*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Lisón Tolosana, C. (2004). *La Santa Compañia*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2005). *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2008). *De la estación del amor al diálogo con la muerte (en la Galicia profunda): Antropología de Galicia, VII*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2010a). *Antropología integral. Ensayos teóricos*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.
- Lisón Tolosana, C. (2010b). *Qué es ser hombre (valores cívicos y valores conflictivos en la Galicia profunda)*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2012). *Teoría etnográfica de Galicia: Antropología cultural de Galicia IX*. Madrid: Akal.
- Lisón Tolosana, C. (2016). *Galicia, singularidad cultural. Antropología cultural de Galicia, XI*. Madrid: Akal.
- Rodríguez Becerra, S. (2018). *Mis recuerdos de don Claudio Esteva. Arxiu d'Etnografia de Catalunya, 19*, pp. 155-172.
- Sanmartín Arce, R. (2020). Carmelo Lisón Tolosana. Una vocación antropológica. *Revista de Antropología Social, 29(2)*, pp. 103-113.
- Tönnies, F. (1887, 1947). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Losada.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual: Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Velasco Maillou, H. M. (Ed.) (2020). *Maestro Lisón. Confesiones, reflexiones y ensayos como celebración en sus 90 años y más*. Zaragoza. Fundación Lisón Donald y Diputación de Zaragoza.